

La diagonal de los alfiles.

Pseudónimo autor: Selifa.

La casa está deshabitada. Largos pasillos se suceden interminables, recorridos con impúdica desenvoltura por insidiosas corrientes de aire frío. Una luz grisácea y vespertina invade las estancias vacías, mientras Lara va descubriendo, uno tras otro, aquellos espacios inmensos. La ausencia de mobiliario y la desnudez de los tabiques descolchados, dónde aún se aprecian siluetas fantasmales de cuadros que ya no están, la impudicia de los marcos sin puertas a los que alguien les ha robado incluso las bisagras y la siniestra preñez de un techo vacío y panzudo, forman un conjunto inquietante; un espectáculo tan desagradable como la humillación ajena.

Es la segunda vez que visita aquella ruina erguida, aquel caserón destartado, otrora suntuoso y vivo, a través de cuyos ventanales desnudos se cuelan ahora las hojas del otoño. El recuerdo de su primera visita a aquel lugar misterioso la avergüenza. Siente una presencia extraña, como si algo incorpóreo, etéreo, se interpusiese entre ella y la realidad; como si aquel viento intruso que recorre los interminables corredores reflejase el eco de almas olvidadas, de espíritus que alguna vez habitaron entre aquellos muros. Desde la profundidad del subconsciente siente renacer un vago recuerdo, una familiaridad extraña e inexplicable, una presencia sobrenatural, que la reconforta y tranquiliza ante el silencio fantasmal y el ululato siniestro del aire colándose a través de las rendijas. Su paseo se torna abúlico e irreverente, frenado por aquella sensación de compañía que pesa sobre sus hombros, como si llevase a alguien a cuestas. Siente el barrunto de algo que está a punto de suceder y de cuya irreversibilidad no es capaz de sustraerse.

Enormes baldosas negras y blancas se alternan sobre el pavimento de la antigua cocina, formando un enorme tablero de ajedrez sin piezas en el que ella parece la única figura de una partida inconclusa; sobre la sucesión de escaques vacíos destaca una inquietante mancha oscura que ya había logrado olvidar. No está sola. Excitada por aquella presencia extraña que parece haberse adueñado de ella, percibe trazos tenues y dispersos de una lejana fragancia a canela y cilantro. Es el reflejo de un característico perfume, sobre un vanidoso envoltorio de su piel bronceada, un eco cercano, masculino y conocido.

Es Hugo.

Lara alza sus ojos bellos, recorriendo la diagonal de las baldosas negras, hasta fijar su visión en los restos de mampostería renegrida con los que sueña desde que él la llevó a aquel lugar por vez primera. Allí está él, contemplándola, esbozando una sonrisa lobuna y siniestra mientras se apoya sobre los restos de la meseta, con los brazos cruzados sobre el pecho y aquel inconfundible destello de seguridad que siempre irradia su mirada. Viste un traje gris marengo sin corbata, con una camisa blanca impecable; envuelto en la peculiar suficiencia que nunca le abandona, reflejándose sobre los zapatos lustrados a espejo. Es sólo una casualidad que ambos se hayan detenido en extremos opuestos de aquella diagonal de baldosas negras, como alfiles enfrentados en una posición suicida.

- Hola Lara, sabía que vendrías.

El eco de sus palabras resuena en la caverna de su conciencia; es la misma voz grave y sonora con la que la cautivó y atrajo hacia él, como una luz intensa, enorme y poderosa en mitad de una noche de verano, anticipando su final. Pero no es más que un alfil de traje gris, una figura subordinada, un instrumento sujeto a la voluntad de un poder eterno y sobrenatural que guía sus destinos y juega a deslizarlos sobre aquel tablero irreal, a enfrentarlos hasta la muerte, hasta que una pieza cobre a la otra.

- Hola Hugo.

- Estás en su casa Lara. Ella está aquí.

Lara se estremece, mira a su espalda guiada por un impulso súbito e involuntario; pero todo es silencio y abandono. Sin embargo, continua percibiendo aquella sensación de familiaridad, aquel magnetismo que la atrae hacia el centro de la casa y le impide gritar, le impide huir, le conmina a seguir hacia delante, sin medir el peligro. Frente a ella está la araña; descansando sobre su tela recién trenzada, esperando que su víctima se enrede entre la suavidad y el tacto dulce de la seda, antes de ser devorada.

¿Quién es ella?

Vestida con un ceñido vestido negro que la hace parecer más esbelta de lo que realmente es, Lara comienza a avanzar hacia Hugo, en línea recta, tratando de no pisar fuera de aquel camino imaginario de baldosas negras dispuestas en diagonal. Percibe que si perturba la armonía de su trayectoria, si cede a la tentación de salirse de aquella línea imaginaria y rompe el equilibrio, desencadenará de súbito ese algo terrible que se avecina y no es capaz de anticipar. Una sonrisa la espera al final de su trayecto, un cuerpo perfecto, unos brazos recios que añora y desea. Esa presencia difusa que la ha guiado por los eternos corredores, continua empujándola hacia delante, hacia la duda y

el peligro, hacia su destino ineludible; y nada ni nadie parece capaz de desembarazarla de aquel influjo.

Hugo es uno de esos hombres que te hacen dar gracias al cielo por ser mujer, por el único hecho de pertenecer a esa mitad de la población más perfecta a la que no le cuelga nada entre las piernas. Lara, joven, inteligente, atractiva, independiente, trabaja en la universidad; aunque a pesar de todas sus virtudes vive víctima del anhelo perpetuo de la perfección, sin prestar mucha atención a un alma insatisfecha que habita en su interior. Había leído demasiadas veces el viejo tópico de la alumna aventajada que no encuentra satisfacción a sus elevadas aspiraciones entre sus compañeros y se rinde ante los encantos del profesor; pero nunca pudo prever que aquel manido juego literario invirtiera sus términos, y fuera la profesora la que terminaría enamorándose del alumno. Eso fue exactamente lo que ocurrió con Hugo.

Lara soportó, durante los meses que duró el curso, la tensión interna de una olla a presión sin válvula, siempre al fuego, tratando de no explotar; rezando para que nadie notase el irresistible magnetismo desatado entre ambos, avivado por el flirteo continuo conque Hugo trataba de someterla. Era evidente que él trataba de ligar con la profesora; lo que al principio ella no podía vislumbrar con la misma claridad, era de si se trataba de un donjuán más, deseando marcar otra muesca en su revólver, o de la víctima fortuita de una flecha azarosa que Cupido decidió lanzar hacia las aulas de la universidad. Hugo trabajaba como comercial y se había matriculado en aquel máster sólo para ampliar su currículum. Cuando el curso terminó, Lara no pudo aguantar más el sensual baile del anzuelo ante ella, su sonrisa, sus miradas, sus mensajes, sus insinuaciones; y cedió. Era realmente atractivo, más joven que ella, de mirada profunda y ojos grandes, almendrados; alto, delgado y atlético; uno de esos tipos perturbadores que asustan con la mirada, que piensas que te van a devorar en lugar de besar, de los que te hacen dudar sobre si se marcharán con la duodécima campanada o te convertirán en cordero sacrificial bajo el influjo de la luna llena. Así le parecía a Lara que era Hugo, antes de perderse entre sus brazos robustos y sumergirse en su arrullo cálido y pasional.

El affaire se convirtió en un amor estival, apasionado e intenso; rápido como si tuviera fecha de caducidad y ésta se acercase tanto más rápido cuanto más ávidamente se consumiera. Lara degustó con avidez el tacto de acero de sus músculos tonificados en el gimnasio, el caro y exclusivo perfume a canela y cilantro, su elegancia y su vanidosa suficiencia que le transmitía seguridad. Hugo es uno de esos hombres escasísimos a los que las mujeres le gustan de verdad, no sólo para la cama o por los beneficios de la vida

en pareja, sino porque sienten especial interés y devoción por ellas; porque las escuchan con la admiración y reverencia debida a quién es capaz de formar y crear la vida; porque disfrutaban sus palabras y su compañía; porque siguen sus consejos y valoran su visión de las cosas. Hugo combina las virtudes del hijo perfecto entremezcladas con las cualidades del amante que toda mujer hubiera deseado tener.

Sus miradas descaradas, sus sonrisas insinuantes y la sensualidad que exudaba por los poros, dejaban a Lara a menudo sin aliento. Cuando las sombras se apropiaban de la debilidad del día y la razón cedía paso a la pasión, caía embriagada por la suavidad de su tacto, su perfume, la irresistible atracción de la penumbra hacia la frontera lejana de sus sentimientos y el padecimiento de sus pasiones desatadas; ella se convertía en su presa, en un pajarillo débil entre las garras de un gavilán. Él era una fuente inagotable en la que beber y calmar la sed. Sin proponérselo, todos los muros y alambradas que ella había levantado en torno a su corazón y su intimidad, consecuencia de relaciones truncadas, desengaños amorosos e infidelidades, fueron demolidos por Hugo. Lara llegó a obsesionarse hasta el punto de comenzar a sentir todas aquellas aflicciones que hacía años había desterrado de su catálogo de sentimientos: pertenencia, posesión y celos.

Todo dulce tiene un ingrediente amargo; pero en Hugo no fue capaz de encontrar esa arista afilada, ese aspecto acedo, ese riesgo o peligro que todo hombre conlleva en sí mismo y a veces no somos capaces de prever, causando un daño aún mayor cuando aflora. En los más dulces amaneceres, apoyando su rostro sobre el pecho firme de él, en los momentos de asueto que lentos y plácidos discurren después del sexo, oyendo sus latidos, su respiración pausada y aspirando excitada el aroma del sudor limpio y varonil mezclado con los restos de su perfume, meditaba sobre cuál era el secreto de aquel hombre aparentemente perfecto que por azar se había cruzado en su vida.

Un día gris, ya en las postrimerías del verano, mientras asomaban en lontananza las primeras sombras del otoño, Hugo la condujo a conocer aquel caserón sin alma de las afueras. No tenía puertas en las jambas, cualquier vagabundo podría entrar e incluso instalarse, pero que por alguna razón misteriosa permanecía deshabitado y desierto en su desnudez. Hugo le contó, con un respeto reverencial, la historia de los antiguos pobladores de aquella mansión decimonónica, mientras le enseñaba las estancias vacías y evocaba con emoción un esplendor ancestral que no pudo haber conocido. Lara, suspicaz y confusa, afrontó la experiencia como una travesura, un fetiche; la vivencia de adentrarse en un lugar exótico y peligroso en el que perderse para hacer el amor en alguna sugestiva ensoñación. Pero además del ascua en que se convirtió su cuerpo entre

aquellos muros, calcinándola por dentro mientras lo seguía a través del laberinto de sus ruinas, sintió por vez primera aquella presencia extraña, la opresión sobre su pecho de un aire denso que se introducía en su interior y manejaba sus movimientos como los de un guiñol; algo traslúcido, incorpóreo pero ahíto de sustancia, habitado por un poder sobrenatural, que la sojuzgaba a su antojo.

De súbito, sometida por aquella extraña sensación, rodeó a Hugo en aquella cocina abandonada, contra la meseta; obvió sus intentos por resistirse, su inesperado e inexplicable pudor y trató de doblegarlo sin palabras, por la fuerza de sus labios amapola. Él cedió y se enlazaron en un abrazo desesperado, agredándose con bocas ansiosas, como perros sin colmillos que tratan mutuamente de seccionar el cuello del contrario; inmersos en una tragedia figurada, sangrienta; arruinando su ropa contra los azulejos rotos. Encendieron llamas en la fusión de sus cuerpos; ella perdió el control de sus movimientos violentos, presa de una furia animal; hizo jirones la ropa de él con las mismas garras afiladas con las que laceró su carne, enturbiando con sangre aquel mágico y provocativo ritual. Bajo el influjo del inexplicable hechizo que la poseyó, Lara entró en un trance del que Hugo no fue capaz de desembarazarse, convirtiéndolo en una víctima que facilita la labor del verdugo; en aquel lugar arriesgado, a plena luz del día, donde cualquiera podría aparecer en cualquier instante y sorprenderlos. Pero nada ajeno a ellos sucedió durante el tiempo que duró; tan sólo éxtasis, dolor y placer, una tormenta de sensaciones como Lara no había sentido jamás.

Aquella tarde, contra la mampostería semiderruida de una chimenea que albergaba el secreto de un pasado ajeno que aún deambulaba a través de sus ruinas, entre sombras y fantasmas de una estirpe marchita y olvidada, Lara saboreó las mieles de su efímero triunfo; la satisfacción de la victoria sobre su propia debilidad, sobre ese sometimiento al influjo ciego de su pasión por él. Ella había tomado las riendas de Hugo por la fuerza, haciéndolo cabalgar ciego bajo el influjo de la locura. Lara había recuperado su fortaleza, oculta entre las bambalinas del amor. Mientras recomponían su indumentaria, antes de irse, sobre los escaques blancos y negros del terrazo, Lara se fijó en una enorme mancha oscura, como de sangre antigua, que se desparramaba sobre las baldosas dándole a aquel lugar el aspecto de un antiguo ara sacrificial en el que inmolar a las víctimas de holocaustos ancestrales. Seguía sintiendo aquella familiaridad extraña sobre sí misma, una reconfortante sensación que le hizo ver aquel misterioso lamparón como algo fútil y conocido.

Incapaces de explicar lo sucedido, abandonaron el lugar cuando el sol ya se había puesto por el horizonte. Lara lanzó una última mirada hacia el caserón, que permanecía triste y marchito a su espalda, y sintió de repente frío, orfandad, miseria y vergüenza, un bochorno inmenso mientras contemplada las ropas desgarradas de Hugo, los arañazos en su cuello, los labios hinchados y las marcas de sus fauces en la piel, mientras él solícito le abría la puerta del coche para que entrase. Se sintió insoportablemente sola. El influjo perverso que la hizo sentirse dueña absoluta de Hugo y del lugar había quedado atrás, entre aquellos muros.

La visita a la casa abandonada fue el punto de inflexión de su relación y a partir de entonces todo comenzó a torcerse sin remedio. Ella le pidió disculpas por su conducta; pero Hugo comenzó a despacharla con evasivas, a espaciar sus encuentros. Lara percibió que la hermosa historia de amor que habían edificado sobre el fuego de su atracción se movía ya por inercia, y no por el combustible de la pasión. La reverberación del estío, comenzaba a languidecer a medida que se sumergían en la templanza del otoño. Surgieron los celos. Lara se obsesionó con la idea de que él era realmente un seductor tratando de satisfacer su aquilatada y perpetua admiración por las mujeres y ya pescaba en otros ríos más lozanos, lo cual no debía resultarle en absoluto difícil con su atractivo. Dejó de responder sus mensajes y sus llamadas, como si ella hubiera perdido de repente todo interés para él. Sin embargo, a Lara le resultaba imposible soportar aquella frugalidad forzada; su cuerpo se había acomodado al hartazgo del otro y el deseo la abrasaba por dentro, como una tea ardiendo, tanto más cuanto más frío y distante se mostraba él. Lara no encontraba consuelo para su ausencia y su vida deambulaba por los senderos de la desolación. Estaba atada a él por la soga más asfixiante y no sabía cómo soltarse, como impedir que el nudo corredizo se cerrase más aún en torno a su cuello con cada nuevo movimiento.

Después de días desaparecido, una tarde, apareció en su teléfono un escueto mensaje de él: "estoy con ella".

Sintió miedo de sí misma, de su reacción cuando se encontrase con él, pero al mismo tiempo le aterraba imaginar su vida sola de nuevo. Necesitaba sentir de nuevo fuego en su interior. Se armó de valor y enfiló el rumbo hacia la casa en ruinas, hacia aquel lugar inhóspito y abandonado donde sabría que lo encontraría. Ansiaba encontrarse con él y con ella. ¿Quién era realmente ella?

Ahora vuelven a estar frente a frente, como dos alfiles de distinto color en la misma diagonal, sopesando quién se moverá primero. Lara vuelve a sentir sobre sí

aquella fuerza extraña, aquella posesión familiar que, al igual que en la ocasión anterior, pugna contra su raciocinio guiándola hacia él de nuevo. Hugo le sonríe con aquella mefistofélica expresión, tratando de asustarla, pero ella no siente miedo. Se acerca más, ya casi lo roza. El espíritu habita dentro de ella, no siente temor alguno sino un coraje inmenso, una fuerza inusitada, vuelve a percibir como algo omnipotente se adueña de su voluntad y de su cuerpo, dirige incluso su respiración; mientras él se arruga, se hace más pequeño y deja de enseñar su perfecta dentadura. Hugo comienza a sentir un miedo atroz cuando la distancia se reduce y petrificado comienza a temblar, aterrorizado; mientras Lara percibe cómo toda la suficiencia, toda la fuerza de Hugo se esfuma de su cuerpo y vaga entre los dos, dejándose tentar por la presencia diabólica que se ha apoderado de ella. Al igual que la otra vez, la casa la prefiere a ella; aquella presencia ancestral le entrega todo su poder, le imprime una fuerza atávica, despojando a Hugo incluso de su atractivo. Ya no vale nada. Se convierte en un hombrecillo, en sangre con la que honrar al espíritu que lo ha abandonado en aquel templo habitado por sus fantasmas. Lara ya no ansía aquel cuerpo menguado, aquel rostro demacrado por el horror, aquel pelele que se retuerce en el suelo entre terribles espasmos bañado en un charco de su propia sangre que mana libre a través de la herida abierta, dejando sobre las baldosas la impronta de lo que fue, de otro servidor rechazado, exprimido y agotado por aquella fuerza que embriaga a Lara, que mueve su mano homicida y satisface su perfección. Ahora sólo la habita a ella.

Lara, con el arma aún ensangrentada entre sus dedos crispados, gira su rostro y ve su doble reflejo sobre la superficie pulida de un espejo lejano. Es bella, bellísima, inmortal. Sobre sus rasgos agraciados, se han superpuesto distintas veladuras de una acuarela traslúcida, dotándola de una perfección sobrehumana, un brillo radiante, una distinción sin mácula, un aura de atracción al que ningún hombre podrá resistirse. Siente también una reconfortante suficiencia, un desprecio absoluto por aquel cadáver crispado que languidece a sus pies; y una creciente ansiedad por alcanzar metas otrora inalcanzables, por iniciar el juego de seducción que le permita arrastrar nuevas víctimas hasta allí, confiada de que a ella nadie podrá desplazarla de su nuevo trono recién conquistado.